

LYDIA DE TIENDA PALOP  
*Universidad Complutense de Madrid*

# Intimidad, autenticidad y estereotipos en los discursos gerenciales dirigidos a mujeres

*Privacy, authenticity and stereotypes in managerial discourses aimed at women*

Recibido: 16/8/2021. Aceptado: 16/10/2021

**Resumen:** El feminismo contemporáneo debe responder a la pregunta clásica acerca de qué significa ser una mujer con el fin de perfilar los cauces de su nueva andadura. Partiendo de tres tesis que sostiene María Medina-Vicent en su obra *Mujeres y discursos gerenciales. Hacia la autogestión feminista* me propongo reflexionar sobre el dilema actual, que enfrentan las mujeres, marcado por la dialéctica entre la dimensión individual y la colectiva.

**Abstract:** Contemporary feminism must answer the classic question about what it means to be a woman in order to outline the channels of its new path. Starting at three claims made by María Medina-Vicent in her book *Mujeres y discursos gerenciales. Hacia la autogestión feminista*, I reflect on the current dilemma, faced by women, with the dialectic between the individual and the collective dimension.

**Palabras clave:** cultura, sexo, género, rol, intimidad, autenticidad, narrativas, estereotipos.

**Keywords:** culture, sex, gender, role, intimacy, authenticity, narratives, stereotypes.

## I. INTRODUCCIÓN

EL CONCEPTO DE ROL es fuertemente normativo: rol implica el desempeño de una función y la finalidad de algo es además la definición del objeto más ajustada<sup>1</sup>. No es extraño, pues, que el género importe más que el sexo e incluso lo preceda conceptualmente, como ya señaló Judith Butler (2002). El género no puede entenderse sin el concepto de rol y, sin el género, el sexo carece de relevancia porque su significación viene determinada por su papel desempeñado en el ciclo vital humano, que, además de biológico, es cultural. Esta consideración plantea una cuestión terriblemente compleja que, a mi modo de ver, sitúa a la mujer ante una aporía de difícil solución. El dilema contemporáneo de la mujer se sitúa en el plano acerca de cuál es el papel que ejerce la cultura en su propia autoconcepción identitaria como *mujer*. La cultura opera como un mecanismo creador de identidades que contribuyen a formular una idea regulativa para dirigir el proyecto de la propia vida. Sin embargo, la cultura, mediante la producción de modelos, construye una esfera de demarcación que aniquila la autenticidad del íntimo proyecto vital. Esta situación, a mi modo de ver, no opera de igual manera para el caso del hombre porque su tradición histórico-política ha sido bien distinta. En el caso de la mujer, el sexo es un factor definitorio de su esencia como mujer y, según lo señalado, su esencia ha sido tradicionalmente su función social. No creo que esta afirmación sea aplicable para el colectivo de los hombres, cuya función social no es determinante del contenido intensional del concepto *hombre*. Con el fin de iniciarnos en la exploración de este dilema presentado, el examen del ámbito concreto de los discursos gerenciales contemporáneos puede contribuir a una mejor delimitación y comprensión de los problemas a los que nos enfrentamos las mujeres en nuestra realidad contemporánea.

En este sentido, la propuesta que nos presenta María Medina-Vicent en su libro *Mujeres y discursos gerenciales. Hacia la autogestión feminista* (2020) examina un tema original y emergente cuya exploración no solo es novedosa por lo contemporáneo de la temática, sino que supone todo un filón para la investigación que tenga por objeto profundizar en los conceptos filosóficos, dinámicas sociales y modelos culturales que conforman nuestro mundo occidental del siglo XXI.

La sutil crítica que nos presenta Medina-Vicent subraya el peligro de las narrativas que se contienen en la literatura contemporánea sobre los modelos gerenciales dirigidos a las mujeres por su *cariz despolitizado*. Esta crítica reprueba fundamentalmente la forma en que estos discursos reproducen las mismas estructuras del sistema de corte capitalista neoliberal, que Medina-Vi-

<sup>1</sup> Esta idea está fundamentada en la teleología de Aristóteles expuesta en *Acerca del Alma*.

cent propone como necesario combatir en aras a un feminismo liberador. Esta literatura gerencial se configuraría como una herramienta del propio sistema y tiene una función legitimadora del mismo. De hecho, Medina-Vicent considera que el sistema neoliberal poco hace por la verdadera emancipación femenina, aunque se vista con sus ropajes manumisores. En este sentido, hay varios elementos en su análisis que contienen argumentos suficientemente potentes para cuestionarse la validez moral de los discursos gerenciales que critica, pero también creo que es necesario destacar otra vertiente de esta literatura que entronca con una perspectiva feminista que me parece igual de peligroso obviar.

A mi modo de ver, al menos, son tres los ejes sobre lo que se mueve el examen crítico de Medina-Vicent: la reproducción de las dicotomías opresivas de género; la despolitización del discurso feminista; y la legitimización del sistema neoliberal capitalista. Ciertamente, de la obra de Medina-Vicent se desprenden otros temas de interés filosófico como son la propia noción de sujeto contemporáneo, las consecuencias de un individualismo atomizado o incluso la propia concepción de lo que implica la calificación de mujer. Sin embargo, a mi juicio, todos estos conceptos se derivan de los otros tres temas, que me parece que constituyen los tres argumentos explícitamente intencionales que la autora pretende hacer ver y que, por ello, tomaré como hilo conductor de mi propia argumentación.

## 2. INTIMIDAD FEMENINA Y LEGITIMIZACIÓN DEL SISTEMA NEOLIBERAL CAPITALISTA

De los tres argumentos que vertebran la obra de Medina-Vicent, probablemente el que menos relevante me parezca para la configuración de mi argumentación sea el papel fundamental que desempeña la literatura gerencial en la validación del modelo neoliberal capitalista por una razón: en estas páginas, me propongo repasar algunos de los conceptos fundamentales sobre los que se construye el feminismo con el fin de cuestionarnos si la deriva actual del mismo responde a las necesidades de lo que significa ser calificada como *mujer*. En este sentido, si bien no se puede obviar la importancia del modelo económico, social y político en el que un sujeto desarrolla su vida, la crítica al sistema no supone el punto central de la perspectiva feminista que sostengo, que parte de la intimidad del concepto de mujer. Probablemente, parezca un tanto incoherente traer la crítica al sistema —fundamentalmente económico— a colación como uno de los vértices del libro de Medina-Vicent, si a la vez sostengo que me resulta de escasa significancia para mi propia discusión. Sin embargo, era necesario mencionarlo porque, a mi modo de ver, no juega un papel secun-

dario en la crítica de Medina-Vicent, sino esencial. Y digo esencial porque es precisamente desde la convicción propia de la autora acerca de la necesidad de deconstruir el modelo neoliberal capitalista sobre la que articula todo su planteamiento crítico. Al hilo de esta apreciación, emerge la razón en sí por la que era fundamental su examen en un apartado específico: el primer punto de debate con las tesis de la autora. El interés de Medina-Vicent es cuestionar el modelo económico capitalista, que considera incompatible con un feminismo emancipador porque sus propias estructuras contribuyen a generar las cadenas alienantes y opresivas de, en este caso particular, un sujeto denominado *mujer*. Definitivamente, podemos encontrar muchos argumentos y razones que corroboran esta tesis y Medina-Vicent señala muchos de ellos: la explotación alienante, el aislamiento o la despolitización con la consecuente disolución de las reivindicaciones colectivas, entre otros. Sin embargo, este cuestionamiento del sistema en sí responde, a mi modo de ver, a una reivindicación de una nueva noción de sujeto holístico, que desestima la particularidad del hecho de la clasificación como mujer. Esa disolución de la particularidad estriba en el *factum* heterónimo de la argumentación de la autora, ya que su crítica a la situación y concepción de la mujer en el terreno gerencial responde a factores exógenos exclusivamente y poco espacio deja al impacto de la intimidad femenina en esa versión del feminismo.

Y este es el punto que me gustaría debatir con Medina-Vicent en este extremo: no tanto si el sistema occidental contemporáneo triunfante produce estructuras opresivas, pervirtiendo incluso los objetivos feministas mediante un empoderamiento formal, que no hace sino reproducir y fortalecer las desigualdades sistémicas, sino si el cuestionamiento y reflexión del feminismo contemporáneo debe proceder únicamente de la crítica al propio sistema, silenciando la particularidad íntima del sujeto central. Probablemente, una forma de contestar a esta pregunta sea subrayar que los modelos culturales, entendidos en sentido amplio, esto es, que incluyen las dimensiones políticas y económicas, configuran y modulan a los sujetos desde su nacimiento de forma inexorable. Conceder la validez de esta premisa nos da una vía clara y mentalmente pacificadora de redención: *cambia las estructuras del sistema y cambiarás la noción de sujeto derivada*. Sin embargo, hay algo en esta argumentación que lejos de proporcionarme la calma prometida, me deja con cierta sensación vacilante que bien puede desembocar en inquietud. ¿Acaso no queda nada propio de lo que responsabilizarme en mi vida? ¿Significa entonces que todo lo que soy proviene de un sistema impuesto, que nada tengo mío, y que mi liberación dependerá de la victoria de un sistema nuevo que me imponga estructuras más amables? En ese caso, también mi alienación proviene de ese sistema y poco puedo hacer; los espacios para la lucha son irrisorios porque solo se puede

acudir a la burla performativa como un intento quijotesco de hacer tambalear el sistema y poco más. La influencia de Butler en el planteamiento de Medina-Vicent es evidente, ya que esta es precisamente la tesis de la filósofa que ha entendido que incluso la lucha puntual refuerza el sistema en el que se inscribe y una leve sacudida del mismo es toda una aspiración para las reivindicaciones occidentales.

El punto que sostenga está, no ya en la vileza del sistema capitalista en sí, sino en si considera Medina-Vicent que todo sistema dicta las normas internas de configuración de los sujetos. En este sentido, lo mismo da que hablemos del sujeto individual producto del neoliberalismo o del sujeto colectivizado en clase social porque ninguno mantiene su intimidad, sino que su sustrato es en sí mismo exotérico y, en ese caso, la noción de sujeto es simplemente quimérica.

### 3. AUTENTICIDAD Y LA DESPOLITIZACIÓN DEL DISCURSO FEMINISTA

Una muy acertada objeción que realiza Medina-Vicent con relación al auge y proliferación de la literatura gerencial tiene que ver con el peligro de la despolitización del discurso feminista. Medina-Vicent subraya la potencia de las narrativas de los discursos gerenciales mediante la combinación de dos herramientas básicamente: una exacerbación del individualismo neoliberal y los recursos propios de la literatura de autoayuda. La lógica que sigue Medina-Vicent es cuanto menos interesante por las consideraciones que se desprenden. Y es que, a mi modo de ver, ambos instrumentos resultan tremendamente prolíficos para hacer fructificar una noción de mujer empoderada, capaz de hacer frente a los retos de un sistema tan exigente que, si no la convierte en una dama de hierro, la aniquila por inservible para los propósitos de este sistema que la produce. Sin embargo, si algo caracteriza al sistema capitalista es su resiliencia y, para poder empeñar al nuevo sujeto llamado *mujer*, que ha irrumpido con fuerza en el espacio hasta entonces destinado exclusivamente al hombre, con toda su potencialidad en la consecución de sus propósitos, no puede convertirla en un hombre castrado, sino que muy sutilmente se apropia de los rasgos ortodoxamente vinculados a un modelo de femineidad clásico para utilizarlos en su beneficio produciendo una especie de *supergirl* capitalista: compasiva, cuidadora, fuerte, sexy, multitarea, emprendedora, empática, cooperativa, creativa y un pelín familiar, porque sí, la literatura gerencial también otorga su espacio a la conciliación familiar como parte del modelo de liderazgo femenino que pretende. Obviamente, la promesa del sistema de modelar al nuevo sujeto con liderazgo llamado mujer de esta guisa resulta enormemente atractivo para todas las partes implicadas. *Prima facie*, todos ganan; porque un

liderazgo de esta índole promete un mundo más feliz, más amable, más colorido y más amoroso, sin ceder ni un ápice de su beneficio económico, ya que no contempla posibles pérdidas económicas por un descenso de producción. Muy al contrario, las previsiones son halagüeñas porque en un mundo más feliz, *a priori*, todos rinden más porque trabajan con alegría; emoción, por otra parte, motivante de suyo. Y esto podría funcionar, como parece ser que la abundancia de la literatura gerencial dirigida a mujeres corrobora. Sin embargo, y aquí es donde Medina-Vicent sitúa su crítica, a mi modo de ver, más potente, estas narrativas de naturaleza individualista ponen en serio peligro al propio discurso feminista mediante su despolitización. Medina-Vicent está comprendiendo en toda su extensión la *repercusión* del problema, pero no puedo estar de acuerdo con el *alcance* limitado que otorga a su problematización.

Medina-Vicent parece sugerir que hay una relación inversamente proporcional entre la analepsia de la mujer en tanto sujeto individual y la pérdida de fuerza de las reivindicaciones sociales que tienen *per se* una dimensión colectiva. Y no le falta razón al subrayar que las demandas de justicia son y deben ser colectivas; esto es así, a mi juicio, por la misma naturaleza de lo que significa que algo se constituya como una cuestión de justicia. Las cuestiones de justicia deben ser democráticas —para todos igual— o, de lo contrario, no se trata de cuestiones de justicia, sino de privilegios de clase. No es el terreno de aquello que significa igualdad lo que discuto en este extremo, sino la dimensión del sustrato colectivo frente al individual en una cuestión de justicia. Aquello que constituye la igualdad queda fuera del debate, que aquí planteo, que vincula despolitización con la pérdida del fundamento colectivo. Y en este punto es en el que Medina-Vicent incide al subrayar que las narrativas del *management* y del liderazgo dirigido a las mujeres propios de la lógica capitalista contemporánea disuelven las demandas feministas al borrar su base de identidad colectiva y, por tanto, de problema social. Observar el peligro que entraña esa relación proporcional entre el incremento del individualismo y el descenso de conciencia como colectivo afectado, que realiza Medina-Vicent, es todo un acierto. Sin embargo, no puedo estar de acuerdo con el examen limitado del problema que me parece mucho más complejo.

Hablar de una cuestión de justicia como problema social y, por tanto, defender el activismo colectivo como medio de lucha es definitivamente un camino adecuado para lograr el éxito efectivo de la reivindicación que se pretende. Sin embargo, en el caso de la cuestión del feminismo resulta pertinente preguntarse por la índole de esta reivindicación. Seguramente, es evidente que se trata de la persecución de la igualdad de derechos entre hombres y mujeres, pero el alcance no es únicamente este. Para comprender cuál es la reivindicación femenina originaria es necesario comprender qué derecho natural le ha

sido cercenado y este, a mi modo de ver, es el de su voz. La mujer arrastra la herida originaria de la amputación. Su constitución como ser complementario trae consigo todas esas múltiples virtudes que se consideran propias del espectro femenino y que, a su vez, la convierten en un ser tan valioso para cualquier entidad —política, familiar, económica o cultural— que aspire a perpetuarse: la cooperación frente a la competencia, la compasión frente a la aniquilación, el cuidado frente al egoísmo, pero el precio a pagar es la pérdida de su identidad como individuo. La mujer no ha vivido privada de intimidad, este reducto es posiblemente el único espacio propio que le quedaba para no desaparecer literalmente, pero sí que ha estado privada de exterioridad: de voz.

El hecho de no haber sido considerada sujeto del discurso a lo largo de la historia de pensamiento occidental, sino alteridad complaciente, hermoso objeto de deseo que cede la agencia de su propia vida por imperativo cultural, paradigma romántico o anhelo amoroso, entraña el sacrificio de su propia vida auténtica. Porque vivir una vida inauténtica no es otra cosa que vivir la vida de otro, aquella marcada por reglas heterónomas que ni surgen, ni dependen de una misma. Y esta es la idea original de aquellos movimientos activistas seminales de todo feminismo que iniciaron *las Preciosas* y continuaron otros rebeldes liberales en el siglo XVIII. No es de extrañar que Stuart Mill, uno de los padres del *liberalismo*, se enfrentara a toda la sociedad victoriana reivindicando no ya la igualdad de derechos de las mujeres, sino una vida auténtica para ellas. Una vida libre de todo canon impuesto bien sea social, religioso, político o cultural; una vida que siga las reglas de la intuición más íntima, que es, en definitiva, la auténtica.

Esta dimensión del feminismo, a mi modo de ver, no se puede obviar de ninguna manera por dos razones. La primera porque se dirige a la raíz, a sanar la herida original: la ablación de su expresión, de su manifestación como sujeto existente, como ser cuya vida importa porque tiene repercusión pública. La segunda, porque contiene la sustancia en sí de la reivindicación más íntima, que es la posibilidad de vivir una vida acorde con esa intimidad propia públicamente y sin represalias de ningún tipo: la posibilidad de vivir una auténtica. No es accidental que esta reflexión se dé en el momento en el que el avance Talibán —un movimiento que atenta particularmente contra esa vida auténtica de la mujer— parece imparable.

Probablemente, este sea el punto divergente con Medina-Vicent. No es suficiente la reivindicación colectiva de unos derechos sociales de igualdad colectivos, sino que en el caso particular de las mujeres la expresión en el espacio público de la propia individualidad parece ser parte constitutiva de la autenticidad que se le extirpó y de cuyo crimen las estructuras fueron cómplices. Sin embargo, todavía restaría algo que decir y es que esa herida, en tanto se consti-

tuye en mutilación, difícilmente puede sanar si no es mediante la producción de un nuevo órgano. Este proceso lento y seguramente doloroso puede que, por ahora, nos haga conformarnos con una prótesis para poder seguir funcionando. ¿Quiere esto decir que debemos santificar los discursos neoliberales individualizantes porque suponen el mal menor? No es exactamente esto lo que pretendo decir, pero sí que su eliminación absoluta por la univocidad de las demandas colectivas puede gangrenar a todo el colectivo por la herida abierta no cicatrizada.

#### 4. LA CULTURA Y LOS ROLES SEXUALES

Llegamos en este extremo al tercero de los argumentos examinados. Aquél por el que según Medina-Vicent los discursos gerenciales contribuyen a perpetuar las dicotomías de género y sancionan los mismos estereotipos sexuales que justifican las desigualdades fundamentalmente sociales y económicas entre hombres y mujeres que aparentemente desafiaban con la retórica de la autorrealización. No le falta razón a Medina-Vicent cuando reporta con innumerables datos cómo se van gestando estas narrativas que discriminan entre aquello propio del ámbito femenino y aquello que pertenece a lo masculino. Efectivamente, en medio del discurso gerencial empoderante cargado de autoestima emerge la realidad del techo de cristal que parece infranqueable para las mujeres. Sin embargo, a mi modo de ver, la forma en que Medina-Vicent conceptualiza esta cuestión se queda de nuevo en un plano que produce efectos similares a los que critica. Según Medina-Vicent, el sistema neoliberal capitalista en el despliegue de todas sus herramientas para perpetuarse combina la literatura de autoayuda y las últimas tendencias en materia de liderazgo y *management* con el fin de crear cierta ficción de una mujer omnipotente que excita el imaginario colectivo dirigido a esas mujeres que ocupan puestos directivos. No puedo estar más de acuerdo en este punto, ya que efectivamente con promesas de alcanzar una falsa conciliación familiar y proporcionando manuales para lograr ser la mejor versión de una misma, estos discursos se fundamentan en la máxima difundida por L’Oreal a principios del milenio que rezaba *porque yo lo valgo*. Sin embargo, la asfixiante realidad de estas narrativas es que están imponiendo un nuevo modelo de mujer ideal que más parece una heroína de cómic que un ser humano con todas sus miserias. Mucho se ha escrito sobre el tema y Medina-Vicent detecta este problema en el ámbito directivo y de gestión. Su propuesta, entonces, converge en la tesis que examinábamos en el primer apartado: la demolición del sistema neoliberal capitalista y la sustitución por un paradigma en el que las reivindicaciones colectivas adquieran



toda la impronta. La eliminación de todo tinte individualista del feminismo es para Medina-Vicent una condición *sine qua non* para lograr conceptualizar un movimiento feminista verdaderamente emancipador. Este movimiento se centraría en el reconocimiento de los vínculos y la interdependencia e incluso en “la constitución de los cuerpos en asamblea” (MEDINA-VICENT 2020, 92) con el fin de ampliar la noción de sujeto del feminismo, trascendiendo las fronteras del concepto *mujer*, en pos de una noción de sujeto extendida y colectiva.

Sin embargo, hablar de *lo colectivo* ya implica de suyo una dimensión de aquello que es común. En el caso del ser humano el objeto eminentemente común que produce colectivamente es *la cultura* y esta, a su vez, puede concebirse como una segunda naturaleza superpuesta precisamente por su propio dinamismo como creadora de sujetos naturales, que nacen sin ella pero que la interiorizan mediante los procesos de socialización y a los que parece muy difícil escapar sin sufrir una nueva mutilación (DE TIENDA 2018). ¿Puede entonces ser la solución a la aporía femenina que planteábamos al comienzo la sustitución de un paradigma cultural por otro? A mi modo de ver, como ya anunciaba a lo largo de estas páginas esta solución lleva a producir el mismo viejo vino, pero en distintos odres y difícilmente proporciona una salida liberadora a la mujer asfixiada por la cultura. Ahogar su espacio de intimidad, que necesariamente es individual y único, corre el peligro de desembocar en la persecución de una vida inauténtica porque no sigue su proyecto interior propio y exclusivo, sino la promesa externa de una vida imaginada colectivamente como feliz.

## BIBLIOGRAFÍA

- ARISTÓTELES 2014, *Acercas del Alma*, Madrid: Gredos.
- BUTLER, J. 2002, *Cuerpos que importan. El límite discursivo del sexo*, Barcelona: Paidós.
- MEDINA-VICENT, M. 2020, *Mujeres y discursos gerenciales. Hacia la autogestión feminista*, Granada: Comares.
- TAYLOR MILL, H. y MILL, J. S. 1869, *The subjection of Women*, Londres: Longman
- DE TIENDA PALOP, L. 2018, “Cultura y cuerpo femenino. Aplicación de las categorías orientalistas a la obra *Viento del Este, Viento del Oeste* de Pearl S. Buck”, *Asparkia: investigación feminista*, 33: 151-67.